

XV

RE
LA
TOS
C
RTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 1 3

J. F. y J. F. conversan

César Ibáñez París

En los últimos días del verano de 1959, poco tiempo después de haber estrenado *Misión de audaces* y de haber terminado el rodaje de *El sargento negro*, el director de cine Sean Aloysius O'Fearná, más conocido como John Ford, viajó a España invitado por el productor de cine Shmuel Bronstein, más conocido como Samuel Bronston, que tras haber estrenado *El capitán Jones* y mientras ponía en pie los andamios que sostendrían *Rey de reyes*, seguía buscando colaboración y apoyo de gente relevante de Hollywood que tuviera un cierto grado de independencia con respecto a los grandes estudios. Ford ya había rechazado la posibilidad de dirigir el espectáculo bíblico, pero sí mostró interés en una de las muchas ideas que bullían en la imaginación del productor ruso-americano, concretamente la adaptación de la novela histórica de Sir Arthur Conan Doyle titulada *The White Company*, un relato sobre cistercienses del siglo XIV, a medio camino entre Walter Scott y Stevenson.

Ni los biógrafos de Ford ni los de Bronston mencionan el viaje, y ello es así por dos razones: porque el aguileño hacedor de wésterns puso como condición el incógnito para evitar el trato con periodistas, colegas

y otros parásitos, y porque el proyecto nunca pasó de la fase de buenas intenciones, entre otras cosas a causa de la avaricia de los herederos del creador de Sherlock Holmes. Pero el hecho cierto es que el individuo alto y un tanto desgarbado, cubierto con unas gafas negras y una gorra de visera, que descendió del cuatrimotor procedente de Londres una mañana de septiembre de 1959 y que tras saludar lacónicamente a Bronston y compañía se dirigió como una flecha al estanco del aeropuerto de Barajas y se agenció de inmediato una caja de farías, era John Ford, el director de películas, el de *La diligencia*, el tuerto genial que despachaba a los productores de los rodajes, el tipo que tenía seis copias de la estatuilla del tío Óscar en el salón de su casa de Bel Air.

Al parecer, Ford solo estuvo en Madrid un par de días, y la verdad es que al respecto no dispongo de ningún dato. Podemos suponer que habló con Bronston del proyecto; podemos imaginar que tras las conversaciones, quizá más bien soliloquios del aguerrido y parlanchín productor, el director ya sabía que la película no iba a hacerse, al menos por el momento; y sabemos, por testimonios posteriores del propio Ford, que la novela le parecía idónea para construir con ella un buen film. Fuera como fuese, al tercer día, probablemente harto de la megalomanía de Bronston, o quizá de la grisura de un Madrid lleno de permanentes y de limpiabotas, consiguió que le proporcionaran un automóvil (un Pegaso, por supuesto), se encajó la gorra de visera, cogió la ya mediada caja de farías y una petaca con whisky (irlandés, por supuesto) y se largó “a buscar exteriores para la película”, dejando a Bronston con un palmo de narices.

¿Buscaba una zona desértica que se pareciera a Monument Valley? ¿Buscaba una abadía cisterciense? ¿Simplemente quería estar solo? Quién sabe... El caso es que salió de Madrid por la Nacional II, carretera de Zaragoza, una mañana de mediados de septiembre de 1959, y por la tarde estaba en los Monegros. ¿Preguntó por el monasterio de Rueda, cisterciense, no le entendieron y acabó en Villanueva de Sijena, que es un monasterio de monjas de la orden de San Juan de Jerusalén? ¿Conducía sin rumbo fijo, vio desde la carretera un paisaje que le atrajo, que de alguna forma le pareció propio, y decidió acercarse? Una vez más es imposible saber con certeza lo que pasó, pero lo que sí sabemos es que cuando un sol rojo que parecía fundir el horizonte dominaba la parte occidental del cielo, John Ford se encontraba sentado sobre una piedra en mitad del monte, cerca de un pueblo de la provincia de Huesca llamado Sena, fumando, bebiendo y charlando con un pastor de cabras.

La versión que aquí voy a contar de esa conversación y de ese ocaso es la que el peculiar pastor le dio a un amigo mío, que unos años después comenzaría su labor profesional como maestro ejerciendo en ese pueblo, en Sena. Mi amigo prefiere permanecer en el anonimato, pero yo les garantizo que es de fiar, y desde luego el pastor ni era de natural fantasioso ni tenía razón alguna para mentir, así que podemos estar razonablemente seguros de que lo que sucedió y lo que ambos dijeron (o más bien su traducción, porque el diálogo tuvo lugar en inglés, claro) fue poco más o menos como sigue.

El cabrero recorría sus lugares de siempre, más conducido por los animales que conduciéndolos, cuando la figura de un fumador sentado frente al horizonte le

sorprendió y le intrigó. Se acercó y se sentó junto a él. Dijo en español:

–Buenas tardes. Si se ha perdido yo puedo orientarle.

A lo que Ford respondió:

–I’m sorry. I can’t understand.

El resto de la escena se produjo en inglés, ya lo he dicho, pero como la versión de la que dispongo es la traducción que el cabrero le hizo a mi amigo, sería bastante absurdo, además de una pedantería por mi parte, tratar de recuperar la “versión original”. Aquí va, pues, el digno doblaje.

–No hay problema, yo a usted le entiendo perfectamente. De hecho, nací en Milwaukee hace casi cincuenta años.

–¡Vaya, esto sí que es una sorpresa! ¡Eche un trago, compatriota! Me llamo John Ford.

–Encantado. Yo me llamo James Falk.

Se dieron la mano. Falk aceptó el whisky y el tabaco de Ford.

–Me suena su nombre. ¿No será usted un actor de cine?

–Mucho peor que eso. Soy director de cine.

–Pues está bastante lejos de Hollywood.

–Me ha invitado un tipo que quiere hacer negocios conmigo, pero no me fío de él. Esta puesta de sol es perfecta.

–Sí que lo es. Debería estar acostumbrado, pero aún me quedo mirando como si estuviera hipnotizado. Es como el fuego.

–Es fuego.

–Sí que lo es.

Callaron y miraron. Debieron de sentirse bien: en el sitio adecuado en el momento preciso. Confluían, para su felicidad, el latido del sol, los balidos del hato y el olor del tomillo.

–No quisiera que se sintiera obligado a ello, pero, si no le parece una indiscreción, siento curiosidad por saber cómo un tipo de Milwaukee ha venido a parar a un sitio como este.

–Se lo contaré con mucho gusto, amigo. Llegué a este país hace veintidós años como brigadista internacional, cuando la Guerra Civil, ya sabe, dispuesto a matar yo solito a la mitad de los fascistas de Europa. De hecho, y espero que no se escandalice demasiado, por entonces era comunista. Cuando uno es joven pasan esas cosas.

–No me escandalizo. En Hollywood había bastantes en aquella época. Por cierto, hace algún tiempo un tipo llamado McCarthy, un jodido político, se empeñó en que los delatara.

–¿Y lo hizo?

–¡Por supuesto que no! ¿Por quién me ha tomado? Los políticos son como los productores, puñeteros burócratas. Si te acercas demasiado a ellos estás perdido, te contaminan.

–Sí, creo que tiene razón. A mí me decepcionaron en seguida. En lugar de hacer frente común contra Franco se lanzaban dentelladas unos contra otros. Y mis camaradas comunistas, sobre todo los jefes, eran de los peores, hipócritas y retorcidos.

–¿Y qué hizo, cambió usted de bando?

–¡Por supuesto que no! ¿Por quién me ha tomado? Me llegaron noticias de América, mis padres habían

muerto en un accidente de automóvil. Me dieron permiso para volver, pero no fui capaz de hacerlo. Me daba miedo.

–El pasado puede ser más peligroso que las balas.

–Después estuve en Inglaterra y volví a combatir en Francia, pero no conseguí olvidarme de cierta chica a la que había conocido aquí, en España, así que en el 45 volví a buscarla. Y la encontré.

–La suya es una buena historia.

–Sí que lo es.

–Se podría hacer una buena película con ella. ¿Y desde entonces se dedica a las cabras?

–Hago muchas cosas: ayudo a arreglar casas, a segar y a trillar el trigo y la cebada, a coger las cerezas y los melocotones... Soy un chico para todo.

James Falk se rio, quizá de lo que había dicho, quizá de algún recuerdo concreto que surgió en su cabeza en ese momento. Una piel curtida, rugosa, enmarcaba unas facciones sobrias y unos ojos azules. Mechones de pelo entre pajizo y gris le salían por debajo de la boina.

–¿Nunca le ha molestado la policía?

–Aquí no soy James Falk, sino Juan Fajardo. Los papeles falsos acaban siendo verdaderos, solo es cuestión de tiempo. Además, a mi mujer le tienen mucho respeto en el pueblo. Incluso la temen, cuando quiere puede ser de armas tomar...

Esta vez ambos rieron. El sol se estaba derritiendo en el horizonte, entre temblores de cielo y tierra. En unos segundos desapareció, dejando un rastro de hervores cárdenos.

–Eche otro trago, amigo. ¡En lugar de *cowboy* es usted un *goatboy*! ¿Cómo se llama el perro?

–Es una perra. Se llama Clementina.

–Mi querida Clementina... Tendrá que disculparme un momento, pero con estas gafas ya no veo bien. Voy al coche a coger las otras. Y de paso traigo más whisky.

John Ford se levantó, desentumeció sus piernas y caminó hasta el Pegaso. Volvió con las gafas transparentes, el parche en el ojo malo y más aguardiente de cebada irlandesa.

–Ahora que lo pienso, creo que he visto una de sus películas. El verano del año pasado vino al pueblo un cinematógrafo ambulante y pusieron una del Oeste. John Wayne y un chico joven buscaban a una chica, sobrina de John Wayne, que había sido raptada por los comanches. Sí, así era. Me gustó. El final es emocionante.

–Gracias. A mí esa también me gusta.

–No sé si habré visto alguna otra, no me acuerdo. La verdad es que he visto poco cine, casi nunca salgo del pueblo. Pero me gustaría que me recomendara una, nunca se sabe.

–A mí me gusta mucho *El hombre tranquilo*, que es la historia de un boxeador americano que vuelve a su Irlanda natal y acaba encontrando su lugar en el mundo. Es decir, una mujer. ¿Se da cuenta? Es justo lo contrario de lo que le sucedió a usted, que tuvo que irse a otro continente para encontrarla.

–Sí que lo es. Aunque, bien mirado, también podría ser lo mismo. Quiero decir que volver no es más que otra manera de ir. El pasado puede ser peligroso, como usted ha dicho, pero nunca está delante de nosotros, siempre está detrás.

–Sé a lo que se refiere. En la película la Irlanda que encuentra es la misma que dejó, pero él ha cambiado mucho.

La pantalla de la noche clara les ofrecía el espectáculo de las estrellas, que podían contemplar en primera fila y sin pagar entrada. Por el suroeste una luz lechosa había precedido a una brillante línea blanca en el horizonte. La luna estaba a punto de nacer.

–No sé si es el whisky o la noche o que me siento envejecer a toda velocidad últimamente, pero, ya que parece tener usted la virtud de saber escuchar, tan poco habitual, a no ser que se levante y se largue ahora mismo le voy a contar algo que no he contado nunca a nadie.

–Adelante, amigo. Sé guardar un secreto.

–Yo entré en este negocio del cine por mi hermano mayor, Francis. Fue él quien llegó a California buscándose la vida y al poco tiempo escribía, dirigía e interpretaba películas en Hollywood. Estoy hablando de cine mudo, claro, de cuando la Gran Guerra y el Ford T. Si no me hubiera animado con tanto entusiasmo a que saliera de Maine y me uniese a él yo habría sido marino, y un buen marino, modestia aparte. Pero le hice caso, y aquí me tiene.

»Francis era un tipo estupendo: jovial, ingenioso, intuitivo, ponía el alma en todo lo que hacía. Se fue de casa siendo un adolescente y recorrió el país con una compañía de teatro ambulante. Entró en el cine de la mano del mismísimo Thomas Edison. Se casó muy joven y tuvo dos hijos, pero el matrimonio no podía durar y no duró.

»En el tiempo del que le hablo era una verdadera estrella, era famoso y ganaba mucho dinero. Los

productores hacían creer a todo el mundo, a través de las revistas de cotilleos, que estaba liado con la actriz que protagonizaba los seriales que hacían juntos, Grace Cunard, pero no era cierto. Tenía mucho éxito con las chicas, de hecho cambiaba de novia cada dos o tres meses. Un sábado por la noche habíamos estado bebiendo y volvíamos a casa ya de madrugada. Un tipo nos salió al encuentro y le dijo a Francis que iba a pagar por haberle robado a su chica. Mi hermano intentó hablar con él, pero el otro, furioso, irracional, sacó una navaja. Yo, sin pensarlo dos veces, le di un puñetazo. El individuo cayó de espaldas y se desnucó en el bordillo de la acera. Lo maté. Así de simple.

»La calle estaba desierta. Nos fuimos de allí a toda prisa y no volvimos a hablar de ello nunca más. Ni él ni yo. Ni mencionarlo. Nunca. Hasta ahora.

»A partir de ese momento la carrera de Francis empezó a declinar poco a poco. Cada vez dirigía menos y peor, hasta que solo se dedicó a actuar, y nunca de protagonista. En el sonoro se habían invertido los papeles: era él quien dependía de mí, de los trabajos de secundario que yo le conseguía. Murió hace seis años...

»En fin, es lo que hay. Nos pasamos toda la vida hablando, la mayor parte de las veces de tonterías, y callamos lo esencial.

—A veces lo esencial no puede decirse. O no debe ser dicho.

—Es posible, no sé. Seguramente tiene usted razón, como cuando ha dicho que el pasado nunca está delante de nosotros. Le ruego que me perdone. Está claro que me estoy haciendo viejo.

El foco pálido de la luna bañaba la escena de penumbras azules. Un grillo había decidido empezar su monótona serenata. El cabrero se levantó, llamó a su perra y dijo:

–Se hace tarde. Muchas gracias por todo, amigo. Si vuelve por aquí ya sabe que será bien recibido. Y deje que el tiempo pase, es lo único que sabe hacer.

Tras estrecharse la mano, John Ford vio cómo James Falk, la perra Clementina y las cabras se alejaban hacia el pueblo, cubiertos por la seda azulada de la luna y por la tibieza impalpable de los tomillos. Cerró los ojos un instante y vio con claridad el rostro de su hermano mayor. Como siempre, el whisky le había dejado la cabeza caliente y los pies fríos.

Condujo como buenamente pudo hasta Zaragoza y durmió en el Gran Hotel. Al día siguiente volvió a Madrid, le dijo a Bronston que no contara con él y voló de regreso a América.

Tres años después, en 1962, Sean Aloysius O’Fearná, más conocido como John Ford, volvió a visitar España, como tantas otras gentes del mundo del cine en aquellos años, pero no volvió a los Monegros, no se acercó a Sena. Entonces sí hubo colegas, periodistas, fotógrafos y otros parásitos a su alrededor. Incluso algún político.

James Falk, más conocido como Juan Fajardo, le guardó el secreto. Cuando le contó todo esto a mi amigo, el gran director llevaba varios años muerto y enterrado, y él mismo empezaba a sufrir los síntomas de un glaucoma que lo sumió en las sombras en sus últimos años.

Nadie ha llevado al cine la novela de Sir Arthur Conan Doyle *The White Company*.



**INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES**

Diputación de Huesca